El Hombre de la Tele

H.J. Pilgrim

Image not found.

Capítulo 1

Era un sueño hecho real. Ya casi llegaba ese momento. Por fin había podido quedar con ese hombre tan especial del que todos hablaban. Era una persona de interés que salía en la tele, periódicos y revistas. De unos treinta y tantos años (treinta y seis creía que haber escuchado), el hombre en cuestión era alto, atractivo, de cabello negro peinado tan a la moda esos días (largo por arriba y rapado el resto). Había sido catalogado como un seductor (y se aprovechaba de eso).

Jimena, no obstante, había sido capaz de capturarlo. Sabía que tenía una debilidad: las quinceañeras. Ella tenía diecisiete, casi por cumplir dieciocho, pero se había vestido de tal manera que lo había capturado. Ahora iban a compartir ese hermoso San Valentín de una forma tan especial, que nadie olvidaría.

Había pasado todo el día adecentando el lugar de autos. Se había esmerado en limpiarlo de cabo a rabo. Nadie podría encontrar una mota de polvo (con ese tema era particularmente obsesiva). Era incapaz de estar en un lugar con un hombre y que pudiera haber algo que desentonara con ella y el evento. “En los detalles está el diablo”, solía pensar.

Se miró en el espejo. Estaba arrebatadora vestida con el uniforme de un instituto privado de Málaga. Había recortado la falda escocesa azul oscura y verde, para que le quedara a apenas, unos cinco centímetros por debajo del trasero. Se había subido las medias hasta las rodillas. Los zapatos de charol brillaban. El polo blanco estaba impoluto y con un fragante olor a suavizante.

Había reducido el maquillaje a una discreta base con unos coloretes que le dieran a Jimena un aspecto pueril y un brillo labial que tanto usaban las chicas, resaltando sus carnosos labios en su pálida piel. El pelo castaño lo tenía recogido en una cola alta. A los hombres les gusta las mujeres con colas altas. “Así te pueden agarrar de ahí cuando te follan”. Todo estaba aderezado con el perfume de una cantante.

Regresó al salón donde lo esperaba él tras una noche perfecta. Le había pedido que la perdonara, pero tenía que prepararse para el plato final. Él sabía que era el momento culminante de la noche y aunque se quejara, no cambiaría el resultado: el clímax, el sumun del placer (al menos para ella).

Jimena lo miró a los ojos, pero no eran ojos de un novio emocionado. Estaban rojos y llenos de lágrimas. Su cabello tan bien peinado siempre, estaba revuelto. Gritaría, pero la mordaza apenas lo dejaba respirar. Y no

era para menos ante la visión de Jimena con un cuchillo de carnicero.

—Por fin, alguien te dará tu merecido, pedazo de mierda —expresó con furia y asco.

Él era un conocido abusador de niñas que había esquivado la cárcel gracias a sus influencias en las altas esferas de la política y en los juzgados. Siempre había un tecnicismo que lo había salvado en el último momento (o un juez sinvergüenza que le afirmaba a la víctima que era culpa suya por vestirse como una puta).

Jimena no pudo aguantar más. Lo había vigilado por más de un mes para conocer su rutina. Nada más tuvo la primera oportunidad y lo secuestró.

Mientras clavaba el cuchillo en el estómago de ese cabrón, sonreía. “Otro menos”, dijo para sí.

—Nos vamos a divertir, mi vida —le dijo—. ¡Feliz San Valentín!